

decir, España y lo que en ella pasa, también Hispanoamérica, y la amistad tan generosamente vivida por Laín. Consecuencia de ello son conferencias, cursillos, viajes, prólogos, la aventura académico-política del rectorado de Madrid comenzada en septiembre de 1951, etc., a lo que se suma lo que él ha llamado, marañonianamente, su «segunda vocación», es decir su actividad como escritor y ensayista. Actividad esta última que por ser cumplida muy a menudo en semanarios y prensa diaria —un escaparate, a la vez, inmediato y fácil— ha hecho creer a muchos, universitarios o no, que en ella se consumía la actividad intelectual y científica de Laín.

No es un reproche lo que pretendo esbozar —Dios me libre— al señalar los casi cuarenta años entre la delineación de un objetivo y la parcial realización del mismo. Y menos si se tiene en cuenta que durante ese tiempo su programa de investigación historicomédica lo ha ido materializando en cuatro monografías importantes, de las que físicamente «llenan la mano»: *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (1958), *La relación médico-enfermo* (1964), *La medicina hipocrática* (1970) y *El diagnóstico médico* (1981), especialmente significativa esta última por demostrarnos la vigencia hoy de su programa decenal de 1945-50, debidamente actualizado, en el doble sentido de la historia de hoy y de llegar hasta la medicina de hoy, la de los años 70-80, rompiendo con el tabú que detenía las investigaciones historicomédicas al comienzo del llamado «período de entreguerras» (1918-20).

Tampoco tiene la más mínima intención de reproche el traer a cuento la segunda vocación de Laín o su decisión de no querer marginarse de los acontecimientos político-intelectuales o socio-intelectuales de España o de la concreta vida madrileña. ¿Derroche de inteligencia y de genio intelectual propiciado por la situación del país y la propia biografía de don Pedro? ¿Deseo de superar el sentimiento de soledad de corredor de fondo a que la escasísima o nula vida científica colectiva de nuestro medio universitario e intelectual condena a quien se empeña en *hacer* ciencia —no política o gestión más o menos científicas— que trascienda los cotos de los especialistas? ¿Cómo pudo superar Laín la mostrenca realidad de los llamados círculos científicos españoles de los años 40 y 50? El propio Laín describe así esos círculos en 1951: «... la Universidad... mal dotada, más bien atónica, porque no podía ser ajena a la general desmoralización de nuestra vida civil, todavía no rehecha de la enorme sangría a que la habían sometido el exilio y la depuración, y de buen o mal grado habituada —once años bajo el mismo gobierno— a los modos y las prácticas del mediocre Ibáñez Martín... Alrededor de la Universidad, el mundillo de nuestra vida intelectual y literaria: estrecho, carente —salvo en casos excepcionales— de verdadera ambición, tarado por el entonces atmosférico vicio de reducir nuestro horizonte a los límites del patio de vecindad en que vivíamos; «parroquialismo», diría un anglizante. Y como marco general de esos tres círculos, una sociedad y un *establishment* político pocos sensibles a la ciencia o recelosos frente a ella, que de la universidad no esperaban más que estas dos cosas: una positiva, el anual suministro de títulos profesionales, y otra negativa, la carencia de disturbios estudiantiles en las aulas o en la calle».¹⁰ Del CSIC baste decir que cuando se cesó a Ibáñez Martín, se le nombró presidente de esta institución.

¹⁰ Ibid., p. 385.

Sin temor a pecar de exagerado y sin ánimo de lisonja, una obra como *La historia clínica* (1950) fue un mutante en la medicina española de 1948-50 y no un producto —todo lo genial que se quiera— de vida científica española colectiva, que no existía. No fue tampoco el producto adánico de un genio. Sí el resultado de un esfuerzo y un trabajo solitario y rigurosamente personal que supo conectar —también en solitario y de forma autodidacta— con uno de los momentos culminantes de la historia de la Medicina alemana y mundial: el que entre 1928 y 1932 representó el anuario *Kyklos* de Leipzig. En este sentido, el proyecto de historia de la Medicina —en su doble versión de programa de educación médica y de línea fecunda de investigación— que nos arrastró en los comienzos de los 60 en Valencia, fue el resultado no sólo de la continuación creadora del programa de Leipzig, truncado por el nazismo a partir de 1933, sino también del mestizaje a que sometió Laín en su persona a este programa al cruzarlo con una concepción de la historia aprendida de Ortega (historia como sistema de sus escritos *El tema de nuestro tiempo* e *Historia como sistema*) y de Zubiri (dynamismo histórico de su escrito *Grecia y la pervivencia del pasado filosófico*), del que aprendió también en 1942 los recursos conceptuales (por ejemplo *physis, tekhné*) y la forma de utilizarlos, necesarios para el análisis textual, casi inmediatamente puestos en práctica por Laín en varios de sus iluminadores estudios sobre la medicina clásica y la ciencia medieval. Todavía para mi tesis —iniciada en 1964— fueron importantes las exégesis del «corporalismo naturalista» de los escritos biológicos de Aristóteles que hace Ortega en su inacabado libro de *La idea de filosofía en Leibnitz* o algunos de los artículos del libro de Zubiri *Naturaleza. Historia. Dios*, editado precisamente por Laín en sus años de director y fundador de la Editora Nacional.

No creo que las condiciones sociocientíficas y económicas con que fue planeado el CSIC, en el que Laín fundó en 1943 un instituto de historia de la Medicina, ni las que vivía la universidad española de los años 40 y 50, permitieran más de lo que a nivel institucional hizo Laín. No me refiero a la penosa situación, personal e institucional, de la no disponibilidad por Laín de un cuarto donde trabajar y poder recibir en su propia Facultad de Medicina, el edificio con la *ratio* más elevada del mundo de metros cuadrados por profesor; ni a la triste e indignada reflexión a que induce la anécdota de que a finales de los 50 el reducido grupito de fieles en torno a los dos despachos del CSIC en Medinaceli, pensaran —y lo hicieran— en la utilidad del regalo de una manta de viaje para abrigar las piernas de Laín, que ocupaba sistemáticamente sus tardes en esa parte del edificio de Medinaceli selectivamente gélida en invierno. Esas anécdotas lo que demuestran, entre otras cosas, es la imposibilidad de una continuidad institucionalizada, creadora y peculiar, del programa de *Kyklos* en las dos únicas instituciones posibles, la Universidad y el Consejo. El cuerpo sociocientífico español de entonces sólo tenía la vitalidad para poner en marcha los mecanismos necesarios para el rechazo de personas y programas de ciencia europea que, antes que nada, eran sospechosos o se armonizaban mal con concretos intereses personales. Si se analiza la España médica y científica de la época, el caso de Laín no es una excepción. Por poner dos ejemplos, piénsese en el autoexilio de Grande Covián o en «la triste, vergonzosa y al fin ineficaz peregrinación» —son palabras del propio Laín— en que él —pese a su rectorado y su línea directa con el gobierno— y el propio don Arturo Duperier, pretendieron que las aduanas españolas se abrieran para permitir que a la Facultad de Ciencias de Madrid

llegara el material regalado por el Reino Unido para que el físico español pudiera continuar sus investigaciones de los rayos cósmicos.¹¹ Eso sí que fue «tibetización» de la universidad española.

En realidad —y pese al período de su rectorado— vive en su carne la experiencia de un exilio interior como parte de un grupo político fracasado que acabó chocando con sus antiguos correligionarios franquistas y falangistas. Experiencia política del grupo que Laín ha llamado de «ghetto al revés». La política científica del franquismo hizo imposible —y no lo que el propio don Pedro llama su nula vocación y aptitud para el mando y la organización— el adecuado, por muy modesto que fuera, injerto del programa de *Kyklos* a nivel institucional. Sólo un detalle: la penosísima situación en 1940-50 del magnífico fondo bibliográfico historicomédico de la Universidad de Madrid, uno de los más valiosos y ricos de Europa, y el fracaso de don Pedro en convertirlo en algo vivo y dinámico distinto del depósito disperso, oculto y desorganizado que era entonces y que pese al personal esfuerzo de bibliotecarias excepcionales, continúa siendo hoy. Un historiador de la Medicina —o cualquier científico— no puede sobrevivir ni hacer obra estimable —y no me refiero sólo al plano personal— sin biblioteca. Y la propia institución que permite esa situación, no hace sino castrarse científica e intelectualmente cara al futuro. Esta fue una limitación que ha pesado en el posterior desarrollo de la historia de la Medicina en España. A nivel personal, Laín usó esos fondos bibliográficos de su Universidad, pero él sabe muy bien que algunas de sus mejores obras de investigación —por ejemplo *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* o su reciente libro sobre el diagnóstico— le han exigido viajes de consulta de fondos bibliográficos en el extranjero que un país como España debiera poseer. *Kyklos* vivió otro fecundo mestizaje cuando el grupo profesionalizado de quienes lo hicieron acabaron en Estados Unidos. La obra en este país de Owsei Temkin o de Edwin Ackerknecht, por citar a dos historiadores de la medicina de la misma generación que Laín, es impensable sin la Welsch Library de la Universidad Johns Hopkins, la biblioteca de la Anthropological Society de Nueva York o la de Wisconsin University en Madison. Y no me refiero solamente a la obra personal de estos científicos, sino al proceso mismo de institucionalización que consiguió la historia de la Medicina en algunas de sus Facultades de Medicina hasta 1970.

El tesón, la recia personalidad de Laín y su evidente prestigio personal, mantuvieron una pequeña plataforma en la Universidad y en el CSIC, sobre la que a partir de los finales años 60 y comienzos de los 70 —ya muy otras las condiciones sociopolíticas y socioeconómicas de España pese a la continuidad del régimen político franquista—, realizar en Madrid, con fuerte y directa influencia también sobre Valencia (la dotación final de la cátedra, e indirectamente y por carambola, de una agregaduría,¹² en diciembre de 1968 se debió a una personal intervención suya —y soy testigo de excepción— ante el entonces ministro de Educación José Luis Villar Palasí), el definitivo proceso institucional que no pudo hacerse en esa inicial etapa personalmente tan creadora que, por poner una fecha, concluyó el 11 de septiembre de 1951.

¹¹ Ibid., p. 411.

¹² El que este último puesto de profesor se mantuviera en Valencia y saliera inmediatamente a oposición, se debió a la explícita voluntad de don Juan Barcia Goyanes, entonces Rector de la Universidad de Valencia.